



El cuerpo y el gesto: notas sobre el «arte» tzeltal

Pedro PITARCH

Resumen

Este artículo sobre los indígenas tzeltales de las tierras altas de Chiapas, México, trata de responder la cuestión siguiente: ¿Por qué los indígenas tzeltales muestran tan poco interés por lo que en Occidente se entiende comúnmente por «arte»? ¿Y por qué, en cambio, es el cuerpo y los gestos el objeto de atención estética fundamental? Se sugiere aquí que la respuesta guarda relación con la particular perspectiva indígena sobre la composición de la persona, en particular la relación entre el cuerpo y las almas.

En estas páginas me pregunto por qué los indígenas tzeltales de la región de los Altos de Chiapas, en el sureste de México, demuestran tan poco interés por aquello que de manera convencional conocemos como «arte». Por qué ese dominio de la expresión – que en la tradición occidental se considera destinado a producir cosas bellas – la música, la escultura, la danza, el teatro, etc. –, es decir, arte, apenas si atrae la sensibilidad estética indígena. Y por qué, en cambio, la energía y preocupación estética se concentra de forma tan intensa sobre la persona: el cuerpo y sus gestos.

Entre los indígenas tzeltales y tzotziles, como podría esperarse, no existe un dominio cultural reconocible como del «arte»; tampoco hay en lengua tzeltal o tzotzil una expresión equivalente a esta palabra. Más interesante es el hecho de que la propia noción de belleza no sea fácil de identificar en el vocabulario de estas lenguas, y, sobre todo, que esta tenga una aplicación tan restringida. En tzeltal el término *tujbil* significa bello o bonito. Ahora bien, hasta donde yo sé, esta palabra – *tujbil* – se emplea únicamente respecto de los seres humanos, ya sea al conjunto del cuerpo o a alguno de sus rasgos: el rostro, los ojos, los pechos, el tono de voz, la manera de caminar, etc. Igualmente puede ser *tujbil* una prenda de vestido, refiriéndose aquí a la calidad de la confección y, mas que nada, a la belleza del diseño y la composición de los colores. Pero, claro está, el vestido se considera una especie de segunda piel; pertenece al cuerpo. Por lo que respecta a la lengua tzotzil, el diccionario tzotzil-inglés de Robert LAUGHLIN (1975) traduce de forma general «beautiful» como *leklek*, es decir, una reduplicación del término *lek*,

cuyo significado primario es «bueno». Mientras, otros significados de bello se aplican, como en lengua tzeltal, exclusivamente a los seres humanos, particularmente a las mujeres: *lebel*, una mujer bella y grande; *mashal sat*, una mujer de rostro bello; etc. En fin, este hecho – que lo bello se encuentre fundamentalmente en los seres humanos y no en otra categoría de cosas – es un dato significativo sobre el que volveremos más adelante.

Hablando de manera general, los pueblos indígenas de esta región etnográfica no se distinguen por su producción artística. No obstante, existe un poco de «artesanía». El pueblo tzeltal de Amatenango del Valle es conocido por la alfarería pintada de producen sus mujeres. En varios pueblos tzeltales y tzotziles se producen bellos textiles, los cuales tienen una larga tradición en la cultura indígena (aunque, como ya he sugerido, su importancia reside más bien en el hecho de que son objetos cercanos al cuerpo, una segunda piel). De hecho, los textiles se han convertido con mucho en la principal actividad artesanal. Sin embargo, resulta extraño que esta actividad no se haya desarrollado más, dada la avidez que demuestran los turistas que visitan la ciudad de San Cristóbal de Las Casas por comprar «arte indio» (entre quienes existe la suposición de que los indios, por serlo, deben producir cosas bellas y además baratas, es decir, que trabajan «por amor al arte»). Más bien, parece suceder que a medida que los textiles se convierten en productos para vender a los extranjeros, su uso entre la población indígena se va restringiendo. En realidad, hay una notable indiferencia por producir o explorar formas artísticas nuevas. En su lugar, los indígenas de esta región se dedican fundamentalmente a comerciar con la artesanía: la mayor parte de los productos artesanales que venden proceden de indígenas de Guatemala. Curiosamente, en la ciudad de San Cristóbal y a lo largo ya de casi todos los centros turísticos de México, e incluso en los EE.UU, los indígenas tzotziles venden – aprovechando la imagen formularia que de ellos se tiene – artesanía guatemalteca o incluso artesanía «ladina» (es decir, «mestiza») como si fuera propia.

En las últimas décadas en Chiapas se han producido numerosas iniciativas bienintencionadas de mexicanos o extranjeros, a menudo antropólogos – con financiación del Gobierno del Estado de Chiapas, el Instituto Nacional Indigenista o de agencias internacionales como la Fundación Ford – dirigidas a fomentar el desarrollo de las artes entre la población indígena. Pero, con pocas excepciones, los talleres



de teatro, de creación literaria, de fotografía, de música y demás, han tenido poca suerte. Los proyectos funcionan mientras perdure el ánimo del promotor y fluya el dinero, pero tan pronto como estos se retraen, las iniciativas se detienen y los indígenas no siguen de propia cuenta. Mi impresión es que los indígenas participan más por razones de prestigio y oportunidades económicas que por un genuino interés en esa actividad. En cualquier caso, la diferencia entre la escasa suerte de estas iniciativas «artísticas» y el éxito que han conocido otro tipo de proyectos, por ejemplo de medicina tradicional o de desarrollo agrícola, es notable.

Este desinterés por la creación de objetos bellos ofrece, a su vez, un intenso contraste con la energía estética que se invierte en el dominio del cuerpo y del gesto. El gesto entendido aquí no solo como gesto concreto, sino como *gestus*, el conjunto de movimientos y actitudes del cuerpo (SCHMITT 1991). Todos los aspectos directamente relacionados con el esquema corporal reflejan la preocupación indígena por el gesto, pero me parece que es posible identificar tres áreas sobre las que el cultivo estético y ético de la persona se concentra con particular intensidad: los movimientos corporales, el vestido y el lenguaje.

El control sobre los movimientos corporales y la economía de los gestos es extraordinaria (especialmente si el etnógrafo procede de la tradición mediterránea). La forma de sentarse, de apoyarse, de estar parado, de andar, el movimiento de las manos, los gestos de la cara, todo debe transmitir serenidad y dominio de sí, orden y medida. El mantenimiento de la verticalidad y la simetría corporal parece una preocupación constante. El caminar es característicamente regular, grácil, solemne. Pocas cosas debe haber más avergonzantes que tropezar o caerse en público. (Conozco casos de indígenas que por esta causa se han enfermado de *kexlal*, una mal asociado a la vergüenza, el bochorno público, que deja al afectado en estado de prostración durante semanas, y que si no se trata adecuadamente puede desembocar en una dolencia grave). Desde muy temprano, a los niños y niñas se les enseña que al andar deben pisar el suelo con suavidad, sin molestar a la tierra. Los gestos bruscos o excesivos están fuera de lugar en un sentido fuerte, es decir, son inmorales.

El vestido es, dejando a un lado la distinción entre hombres y mujeres, prácticamente un uniforme, en el que se permiten solo muy pequeñas variaciones. La forma en que se coloca la ropa – los pliegues que no están en su lugar, la túnica que es más corta de lo debido, el nudo de la faja que no está bien hecho, los colores son extraños – son objeto de un atentísimo escrutinio público. Hay una especial diligencia en evitar mancharse de cualquier tipo de residuo – tierra, ceniza, lodo –, y es un prodigio que por enfangados que estén los senderos los tzeltales raramente salpiquen su túnica blanca, así como tan pronto se cruza un arroyo se aprovecha para enjuagarse tobillos y pies.

Finalmente, el dominio de sí debe reflejarse en el lenguaje. El habla es probablemente el mayor indicador moral de la persona. Esta consiste no solo en pronunciar las palabras adecuadas en las circunstancias oportunas, sino también en cuidar los aspectos

físicos del habla: el timbre, el tono, la cadencia. Lo deseable no es la originalidad sino la sujeción a la norma; la «eficacia» del lenguaje depende en última instancia de que este se ajuste a las formas de cada género verbal: los saludos rituales, la narrativa, el chismorreo, las oraciones de curación, etc.

El lenguaje, los movimientos corporales y la indumentaria deben reflejar el orden social. Pero es un orden no explícito sino tácito, sobrentendido. Es una forma de «etiqueta» que invierte un enorme esfuerzo en procurar que los rasgos individualizantes sean suprimidos, allí hasta donde sea posible, en beneficio del papel social de la persona. De hecho, una revisión de los apodosos con los que los indígenas se refieren a otros indígenas – nunca delante del nombrado, pues los apodosos tienen un carácter peyorativo – descubre sin dificultad que la gran mayoría guarda relación precisamente con las singularidades o incorrecciones del habla, del vestido o de los gestos, en especial con la forma de caminar. En fin, por lo que respecta a la estética, lo que importa es todo aquello que se relaciona con el cuerpo, sobre todo en su vertiente exterior, pública. El interior de las casas, por ejemplo, contrasta con el orden y la medida personal: oscuras por la falta de aberturas, ennegrecidas por el hollín del hogar doméstico, permanentemente húmedas; con los utensilios domésticos y otros muchos objetos dispares desordenados y sin que a primera vista pueda distinguirse una clara organización del espacio. En los pequeños altares domésticos, los objetos rituales – el aguardiente, las velas, el tabaco, los incensarios de copal – están depositados allí sin la menor atención ornamental, de cualquier modo. A medida que nos alejamos del campo del esquema corporal, el atributo de la belleza parece perder su sentido. Ya no hay forma precisa de nombrarla. El paisaje no es propiamente bello: la expresión de encomio que más se acerca a esta noción, pero que raramente se emplea, es la de *bujtsan*: fragante, oloroso.

¿Cómo explicar esta preocupación por la etiqueta y desinterés por «el arte»? Me parece que la respuesta, o parte de ella, podría encontrarse en la particular relación que existe, en la perspectiva indígena, entre el cuerpo y las almas. Por toda esta región etnográfica existe la creencia – aunque con variaciones notables en cuestiones de detalle etnográfico – en la posesión de varios tipos de almas. Estas se encuentran instaladas en el interior del corazón humano y simultáneamente presentes en el mundo de afuera. Cierta clase – conocida generalmente como *ch'ulel* – tiene la silueta del cuerpo que la aloja, pero está hecha de substancia sutil y en ella se alojan los sentimientos, la memoria y cierta clase de pensamiento. Otra clase de alma esta formada por animales (felinos, insectos, aves...), meteoros (rayos, vientos, arco iris...) o seres humanos extraños (PITARCH 1996). Pero nuestro interés aquí no reside tanto en el número y la naturaleza de estas entidades anímicas, como la relación que guardan con el cuerpo. En lengua tzeltal el conjunto de las almas constituye el *talel* de una persona, término que puede traducirse como «lo que viene dado». En efecto, las almas se encuentran ya presentes en la persona en el momento del nacimiento y no sufren ninguna clase de cambio o desarrollo a lo largo de la vida individual.



La moralidad personal (corporal) no puede afectarlas en ningún sentido: un jaguar, un rayo, una ardilla son lo que son y se comportan como tales; simplemente están ahí.

El cuerpo, en cambio, no nace, se hace. En el momento de nacer es *tabula rasa*; debe ir formándose tanto física como culturalmente a lo largo de su vida. (Por supuesto, la formación física y la cultural son una misma cosa, aquí no cabe hacer la distinción). El proceso de fabricación del cuerpo es continuo y solo a una edad avanzada se puede considerar que ha adquirido la suficiente madurez como para ser considerado un cuerpo correcto. Por supuesto, en esta producción de los cuerpos interviene, por una parte, la cocina (un campo de la estética indígena no fácil de identificar, quizá debido a que es menos público, pero también esencial), y, por otra, las actitudes, los gestos, las palabras, es decir, lo que he llamado la etiqueta.

Como resultado, en una perspectiva tzeltal, la persona es imaginada como un compuesto relativamente uniforme en su vertiente exterior (los gestos, la indumentaria), y un interior sumamente heterogéneo. Ese «interior» es el corazón, donde se encuentran alojadas las almas, una laberíntica galería de criaturas. El interior de la persona se significa por su falta de cultura: contiene seres que, cualquiera que sea su aspecto, no son culturalmente indígenas, aunque no carezcan necesariamente de cultura. Y el interior del corazón varía considerablemente de una persona a otra, ningún indígena coincide con otro exactamente en la composición anímica de su interior. En realidad, la persona es concebida como un pliegue del afuera. Según mis informantes, dentro del vientre materno el feto tiene sus almas «fuera», en contacto con la placenta (en ocasiones se inspecciona la placenta en busca de huellas que permitan conjeturar las especies de almas del recién nacido). Durante el parto, la persona se pliega, aprisionando de ese modo fragmentos del afuera y del pasado. Solo con la muerte, momento de despliegue, el contenido del corazón es devuelto al mundo.

Entre los propios tzeltales lo que singulariza a una persona respecto de otra es su interior anímico; en los raros momentos en que se pierde el dominio de sí, se producen afloramientos parciales de las almas que se manifiestan en la apariencia corporal, en los gestos, en el habla, etc. (La embriaguez alcohólica representa uno de esos momentos). En cambio, lo que de forma general diferencia a los indígenas de otros seres, por ejemplo los animales, es el cuerpo y no las almas. Esta diferenciación incluye también, y sobre todo, a los seres humanos no indígenas, que en las tierras altas de Chiapas son denominados genéricamente como *kaxlanetik*, «castellanos». Aquí la cuestión no es si los «castellanos» son «genéticamente» europeos tal y como se discutiría en nuestra tradición (bajo esta etiqueta se incluye personas de aspecto físico amerindio y europeos blancos), sino si son corporalmente «castellanos», esto es, como resultado de la forma en que se ha hecho su cuerpo. Es interesante notar que, desde un punto de vista indígena, los seres humanos no indígenas tienen la misma composición anímica que los indígenas. No es este el elemento que les distingue de los «hombres

genuinos», sino, en cambio, sus hábitos sociales: aquello que comen, lo que hablan y como hablan, la forma en que se mueven, la forma en que se visten y llevan la ropa. Esto no es solo una inferencia mía, sino que los propios indígenas hacen explícito este principio. Preguntados por aquello que diferencia a un indígena de un *kaxlanetik*, suelen insistir en la forma de caminar, de vestirse, de utilizar las herramientas...

Mientras hacía trabajo de campo en Cancún – un pueblo tzeltal – hacia finales de los ochenta, siempre me llamó la atención la poca curiosidad que mostraban los cancuqueros por las almas de la gente de España. Y eso a pesar de que yo no terminaba de preguntar acerca de las suyas. Solo después me di cuenta que daban por descontado que los españoles tienen las mismas almas que los tzeltales. Lo que en verdad les interesaba era mi cuerpo y mi forma de comportarme: lo que comía, mis necesidades corporales, mi manera de caminar. El apodo, o al menos uno de ellos, con el que me conocían es significativo: Petul Ach'al. Petul es el equivalente tzeltal de Pedro, y *ach'al* significa lodo (Pedro Lodo). Esto es por que solía llevar mis botas y bajos de los pantalones ensuciados con el barro del camino, pero tiene alguna implicación adicional: la raíz de *ach'al* – *ach'* – significa algo nuevo o todavía no formado (de ahí la tierra mojada que es el barro que todavía no ha adquirido una forma consistente). Petul Ach'al, pues, implicaba también que yo era una persona inmadura, todavía no bien formada, como lo estaría sin duda un indígena de mi edad.

VIVEIROS DE CASTRO, en un artículo reciente (1998: 479) referido a los indígenas de las tierras bajas sudamericanas, ha resumido este status de la manera siguiente. La cosmología occidental postula una continuidad física y una discontinuidad metafísica entre los seres humanos y otras categorías de seres (principalmente los animales). En contraste, la cosmología amerindia postula una continuidad metafísica y una discontinuidad física entre los seres del cosmos. En otras palabras, entre los occidentales, el espíritu es el *locus* de la diferencia; entre los indígenas este es el cuerpo. Parece lógico, pues, que los españoles nos interesemos por las almas indígenas, mientras que los indígenas, por su parte, se interesan por nuestros cuerpos.

La consecuencia de todo esto para el tema de este artículo puede resumirse de la siguiente manera: si los occidentales cultivamos el espíritu, los indios (de Chiapas) cultivan el cuerpo. El alma cristiana, o su versión moderna, el «espíritu», es algo que puede y debe cultivarse. Desde este punto de vista, el arte es una forma de acción sobre el alma, la cultiva para adecuarla a las normas morales. En cambio, en la perspectiva indígena no hay posibilidad de acción sobre las almas. La «belleza moral» tiene por objeto exclusivamente el cuerpo; este es el instrumento expresivo fundamental y no las artes.

Ello explica las dificultades que, según vimos anteriormente, experimenta cualquier proyecto dirigido a procurar que los indígenas de los Altos de Chiapas desarrollen las artes. Cuando los occidentales tratan que el arte prospere entre los indígenas – el teatro, la literatura, la pintura, la fotografía, etc. – actúan, claro está, en una lógica europea: las artes son



buenas por que cultivaran el espíritu; y cultivar el espíritu es la meta. Pero están pretendiendo algo que para los indígenas se encuentra fuera de su foco de preocupación moral.

Por lo demás, el elevado grado de preocupación por el dominio del gesto, y en general por las formas de fabricación corporal, parece especialmente adecuada entre poblaciones indígenas que, como los tzeltales, han estado sometidos durante largo tiempo al dominio directo de la Corona de España y después a las instituciones del moderno Estado-Nación. Por ejemplo, los frailes dominicos, aunque en principio estaban interesados en las almas de los indígenas, se mostraban de hecho especialmente preocupados por la «policía» cristiana de estos indios: el aseo, la ropa, los hábitos corporales, etc. Como cuenta un cronista de la Orden de Santo Domingo:

Así, estos padres para acariciar a los indios, que con dificultad viéndolos de nación española, se persuadieron a creer que los que hacían con ellos era por el amor que les tenían, y por su bien, se hacían como madres suyas. Peinábanles el cabello, quitábansele, cortábanles las uñas, lavábanles la cara y el cuerpo, vestíanles camisas, poníanles greguescos o calzones, juntábanles la ropa, ceñíansele, enseñábansele a cortar y a coser; y aun no desdeñaban de decirles el modo de cumplir con sus necesidades corporales decentemente, hacíanles las casas, trazábansele, disponíansele. (REMESAL 1988: 484)

Si las categorías de la identidad se expresan a través de la distinción corporal, es comprensible que el esquema corporal funcionara, y funcione, como el principal recurso mediante el cual se señale la diferencia.

Bibliografía

LAUGHLIN Robert

1975 *The Great Tzotzil Dictionary of San Lorenzo Zinacantan*.- Washington: Smithsonian Contributions to Anthropology, 19.

PITARCH Pedro

1996 *Ch'ulel. Una etnografía de las almas tzeltales*.- México: Fondo de Cultura Económica.

SCHMITT Jean Claude

1991 «La moral de los gestos», in: FEHER M. (ed.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, pp.129-148.- Madrid: Taurus.

REMESAL Fr. Antonio de

1998 *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la Gobernación de Chiapas y Guatemala*.- México: Porrúa.

VIVEIROS DE CASTRO Eduardo

1998 «Cosmological deixis and Amerindian perspectivism».- *Royal Anthropological Institute* 4: 469-488.

Résumé

Cet article sur les indigènes tzeltales des hautes terres de Chiapas, Mexique, a comme but de répondre à la question suivante: Pourquoi les indigènes montrent-ils un si pauvre intérêt pour ce que l'Occident considère comme «art»? Et pourquoi, par contre, les corps et les gestes sont-ils l'objet d'attention esthétique fondamentale? On suggère ici que la réponse a relation avec la particulière perspective indigène sur la composition de la personne et, encore plus spécifiquement, avec la relation entre le corps et les âmes.

Summary

This article about the Tzeltals Indians of the Chiapas Highlands, Mexico, tries to answer the following question: Why do Tzeltals show such a low interest for what in the West is commonly understood as «art»? And why, on the contrary, is the body and gestures the fundamental object of aesthetic attention? Here it is suggested that the answer has to do with the specific Indian perspective about the person's composition, more specifically with the relationship between the body and the souls.